

VIAJES



NATIONAL
GEOGRAPHIC

Nº 308
viajesng.es

PETRA

RUTA HASTA
LA GRAN JOYA
NABATEA

LAGO DE GARDÁ DE VERONA A LA RIVIERA ALPINA

OPORTO

VIAJE A LA CUNA
DE PORTUGAL

SÍDNEY

LA CIUDAD
MÁS VIBRANTE
DE AUSTRALIA

RIOJA

ENTRE VIÑAS Y
MONASTERIOS

NORUEGA

EL EMBRUJO BOREAL DE LAS ISLAS LOFOTEN



Nº 308 6,00 € / PVP CANARIAS 6,15 €
0 0 3 0 8
9 771575547009





ISLAS LOFOTEN

Este archipiélago situado por encima del Círculo Polar es el mejor observatorio de auroras boreales de Noruega. El viaje por este escenario descubre una cultura pesquera y su magnífico paisaje.

MÍRIAM MÁRQUEZ, PERIODISTA DE VIAJES

A wide-angle, aerial photograph of the village of Hamnøy in Norway during winter. The village consists of several traditional red wooden houses with white roofs, built on stilts over a rocky, snow-covered coastline. The houses are illuminated from within, casting a warm glow. In the background, a range of snow-capped mountains rises against a dark blue sky. The most striking feature is the Aurora Borealis (Northern Lights) dancing in vibrant shades of green and yellow across the upper portion of the image, creating a magical atmosphere.

HAMNØY

Esta población de casas sobre palafitos ocupa una breve península en la isla de Moskenesøya, en el sur del archipiélago.

Auroras boreales, ballenas, fiordos, arte de vanguardia, sesiones de *blues*, pesca... Las islas Lofoten poseen ese equilibrio poco frecuente entre naturaleza pura, tradición y disfrute humano.

Es tan grande que, cuando de pronto sobrevuela la lancha, los viajeros se quedan momentáneamente en sombra. A bordo se vive un alegre revuelo: interjecciones, codazos, dedos que buscan el obturador de sus cámaras con unos guantes demasiado grandes... Antes de que puedan enfocarla, el águila termina su picado, atrapa una presa entre sus garras curvas, con unas almohadillas de las que nada resbala, y vuelve al cielo en calma. No hacen falta fotografías para recordar su pico amarillo algo retorcido, que le da expresión de suficiencia. Ni el sonido del batir de sus alas, de casi dos metros y medio de envergadura en las hembras.

Las águilas marinas o pigargos europeos tienen en las islas Lofoten, en el norte de Noruega, la población más numerosa del continente. Para conocerlas hay pocos lugares como Trollfjord (el fiordo del troll), donde empieza este viaje. Entre sus paredes de roca, distantes





LUCES DEL NORTE

Las auroras boreales han sido origen de múltiples leyendas. Los sinuosos haces de luz verdes o violetas se consideraban espíritus de los ancestros.

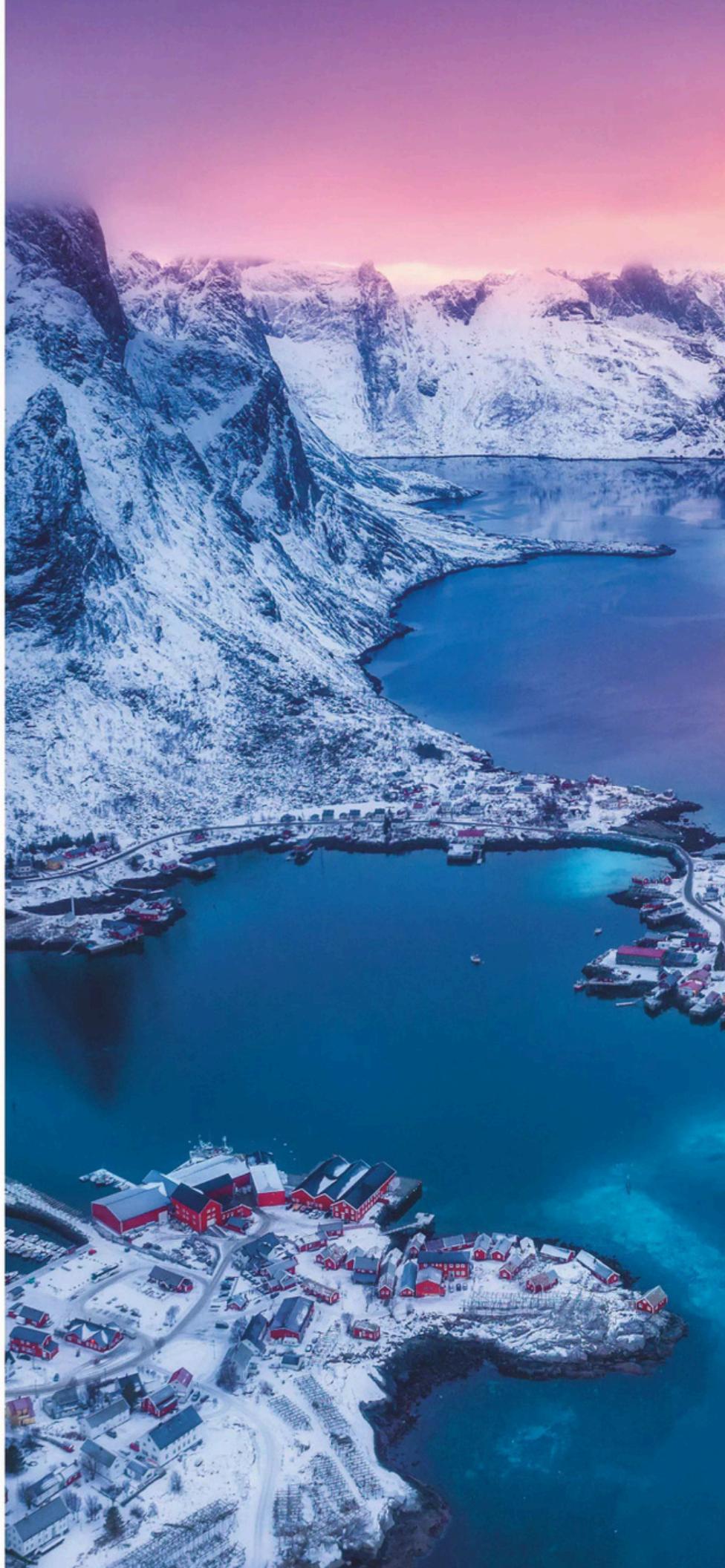


Renos en los alrededores de Tromsø.

no más de cien metros en las zonas más estrechas, estas magníficas rapaces pescan y viven a capricho, como si nada más existiera.

Para recorrer este paisaje conocido por su belleza, hay que abrigarse a conciencia y partir con un guía desde el puerto de Svolvær. Esta localidad, la más poblada del archipiélago de las Lofoten, está considerada una de sus mejores puertas de entrada. Dispone de aeropuerto, aunque se puede llegar a ella por carretera desde Tromsø. A esta ciudad noruega suele resultar más económico volar y es también más ventajosa para alquilar un coche o una autocaravana. Las Lofoten son un destino viajero todavía libre de saturación, pero su éxito en los últimos años ha encarecido los alquileres de vehículos y los alojamientos. Otra opción para viajar a Svolvær desde Tromsø es enrolarse en alguno de los barcos que cubren ese trayecto. Los hay con gran tradición, como la compañía Hurtigruten, que incluye servicio de comidas y cabinas para descansar.

Svolvær no es un prólogo, sino la mejor sinopsis para entender las Lofoten. Dicen que en ella hay dos oficios sobrerepresentados: los pescadores y los artistas. Es



**REINE**

Atardecer de invierno sobre esta pictórica población de pescadores, de apenas 300 habitantes.



SKREI, EL MANJAR DE LOFOTEN

La actividad que ha definido históricamente a las Lofoten es la pesca del skrei, un bacalao salvaje muy apreciado. Cada invierno, los peces que han llegado a su madurez (a los cinco años) regresan para desovar a estas islas, donde nacieron. En la actualidad es posible enrolarse en un barco de pesca con guías, pero antes de subir a bordo hay dos cosas que saber: llevar algo verde da mala suerte; y si un marinero pregunta al viajero si «ha puesto de su parte», se refiere a si ha practicado sexo recientemente, porque los pescadores creen que el placer carnal multiplica las capturas. Esta creencia, llamada *haill*, solía ser un acto de camaradería y un chascarrillo alegre con el que empezar jornadas agotadoras.

fácil entender que abunden los primeros, pero no tanto la relación entre ambos.

Hace miles de años que se pesca bacalao en el archipiélago, donde estos animales acuden cada invierno para desovar. Y también desde siempre, pescadores, bigotudos y robustos, han llegado en abundancia atraídos por la ren-

tabilidad de este manjar. Muchas veces se topaban con una paradoja: era más fácil llenar sus redes que encontrar un lugar decente donde calentar sus sabañones. Los dueños de la tierra –reyes, primero; después, empresarios– hallaron una solución a la altura de su pragmatismo de hombres del norte. Construyeron unas cabañas sencillas pero dignas, sosteni-

das por pilotes, que permitían a los pescadores llevar sus cuerpos cansados hasta la puerta cada noche con sus barcos de remos.

Los rorbu (combinación de las palabras «remar» y «vivir») eran suficientemente estancos como para sobrevivir al frío y la humedad de la noche invernal sobre el Círculo Polar. Y lo suficientemente humildes y colectivos –a menudo alojaban a veinte personas– para que cada velada de estos temporeros fuera un alud de *saudade*. Levantadas a lo largo del tiempo con idéntica estética tradicional, estas cabañas lucían rojas o amarillas, porque era la pintura más barata. Siempre cuadrangulares y repetitivas, recortadas sobre el mar azul claro. Cubiertas de nieve y abrazadas por montañas y fiordos. Había nacido al azar uno de los paisajes cromáticos de formas puras más improbables del mundo. Cuando los aventureros y viajeros corrieron la voz, los pintores se echaron las manos a la cabeza y partieron a confirmarla. ¡Cómo podía semejante perfección haber nacido sin buscarla!

Hoy en día hay *rorbus*-hoteles de paredes acristaladas con vistas panorámicas a los fiordos y lujos de sultán friolero. Alojado en alguno de los muy cómodos que hay en Svolvær, el viajero puede jugar a ser pescador y pintor en excursiones de un día. No hay que perderse el antiguo barrio de pescadores de Svinøya. Se trata de una isla en realidad, con sus galerías de arte, sus fábricas de conservas y su arquitectura tradicional.

La experiencia más recomendable al atardecer es contemplar la vista desde los miradores, como el que se abre sobre el Austnesfjorden y que regala una sucesión



ISLAS DE PESCADORES

Las cabañas que antiguamente servían de refugio a los pescadores de temporada se han transformado hoy en acogedores alojamientos.

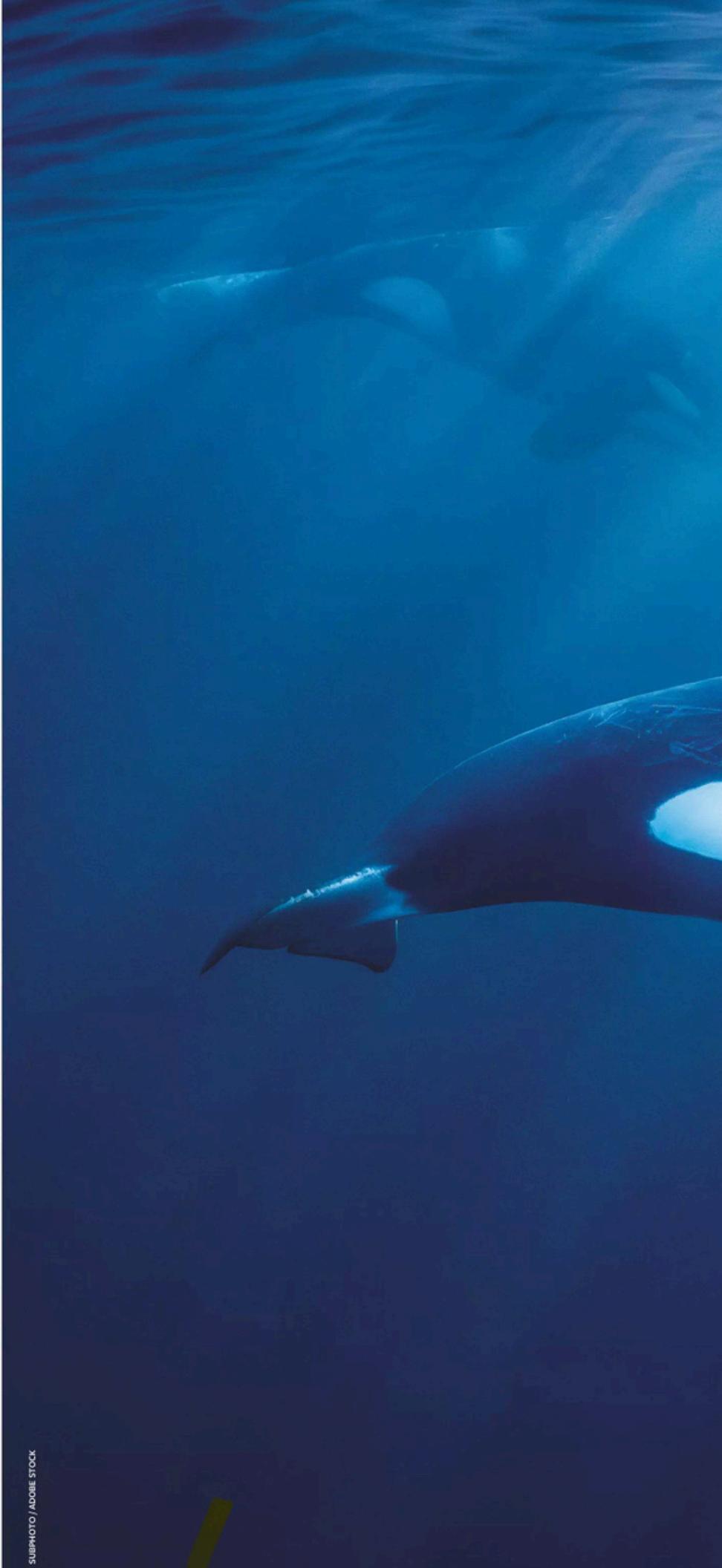
interminable de luces violetas entre montañas. Y para observar fauna marina, nada mejor que subir a bordo de alguno de los barcos que zarpan de Svolvær con destino a Andenes, más al norte, un puerto perfecto para avistar ballenas, orcas, cachalotes y marsopas. Las especies cambian en función del momento del año.

En Svolvær también merece una visita la Iglesia de Vågan, la llamada Catedral de las Lofoten. Fue levantada precisamente para dar un lugar de culto -y de funeral, llegado el caso- a los temporeros del bacalao. Impresiona por su arquitectura de estilo neogótico y por sus dimensiones pues es la segunda más grande construida en madera de toda Noruega. Rodeada por un brazo de mar y con las lápidas del cementerio sobresaliendo entre la nieve, da la impresión de que el espectro de un marinero va a aparecerse preguntando por el camino de vuelta a casa.

Técnicamente, el siguiente destino en esta ruta, Henningsvær, podría visitarse también en un día desde Svolvær, ya que se encuentra a una media hora.

Sería, sin embargo, como espiar una fiesta desde el ropero, porque lo mejor de esta localidad es su original vida cotidiana. Alrededor de los años 80, Henningsvær, uno de los pueblos pesqueros más antiguos de las Lofoten, entró en decadencia. ¿Cómo podía la pesca seducir a unos jóvenes que veían la vida y el materialismo urbanos como sinónimo de éxito en las películas?

Parecía que la localidad estaba condenada a la nostalgia o, como mucho, a ser un decorado lindo para un turismo cada vez más vertiginoso. El destino no contaba con el ansia de descubrimiento que





RUTA DE CETÁEOS

Ballenas jorobadas y orcas suelen frecuentar las aguas de las Lofoten. Son fáciles de avistar desde los barcos que conectan las islas.



Forward, del artista
Igor Filippov. Cuadro
en el museo Lofotr.

VIKINGOS POR UN DÍA

En la isla de Vestvågøy, unos 53 km al sur de Svolvaer, el **Museo Vikingo de Lofotr** descubre cómo vivían los habitantes de las Lofoten hace 1.500 años. En los años 80 un agricultor de la aldea de Borg descubrió los restos de lo que resultó ser la casa del jefe del clan que habitaba la zona en el siglo VI. Es el edificio vikingo más grande de Noruega. Mide 83 m de largo, 12 de ancho y 9 de alto. El techo es una gruesa cubierta vegetal y el interior está dividido en tres salas: el salón de banquetes, el granero y estable y un espacio donde se cocinaba, se comía y se dormía. El museo posee también la réplica de una nave vikinga que realiza paseos por la costa. www.lofotr.no/en/lofotr-vikingmuseum

corre por las venas de los lugareños, tataranietos de exploradores del mundo. Sobre todo en los últimos cinco años, distintos emprendedores han reconvertido fábricas en hoteles, centros culturales, restaurantes y galerías de arte. Muchas veces lo han hecho con la ayuda de gente autóctona, que sueña con un modelo de turismo con sentido, humano y sostenible.

Hoy en día es posible tomar una sauna, asistir a una conferencia o a un taller cultural en Trevarafabrikken, una antigua aserradero y fábrica de aceite de hígado de bacalao. Marina Abramović o Cindy Sherman te miran fijamente en fotografías o instalaciones del museo de arte moderno que ocupa una antigua conservera de caviar. Por eso, a Henningsvær hay que

ir para descubrir historias, comer un bacalao o un bollo de canela, realizar rutas de senderismo o de escalada cuando la nieve se funde o, en verano, vivir una fiesta al aire libre a ritmo de *blues*, rock o electrónica. Y por supuesto confirmar por qué tienen el campo de fútbol más impresionante del mundo: un rectángulo verde encajado entre el mar y los acantilados, sin siquiera gradas, con bacalao secándose al sol en las alambradas cercanas. Cuando un anuncio lo inmortalizó hace unos años en una toma aérea que parecía un delirio de la Inteligencia Artificial, en Henningsvær se sorprendieron bastante. ¿Por qué tanto escándalo por un campo de fútbol modesto a vista de pájaro cuando hay tantas cosas fascinantes a ras del suelo?

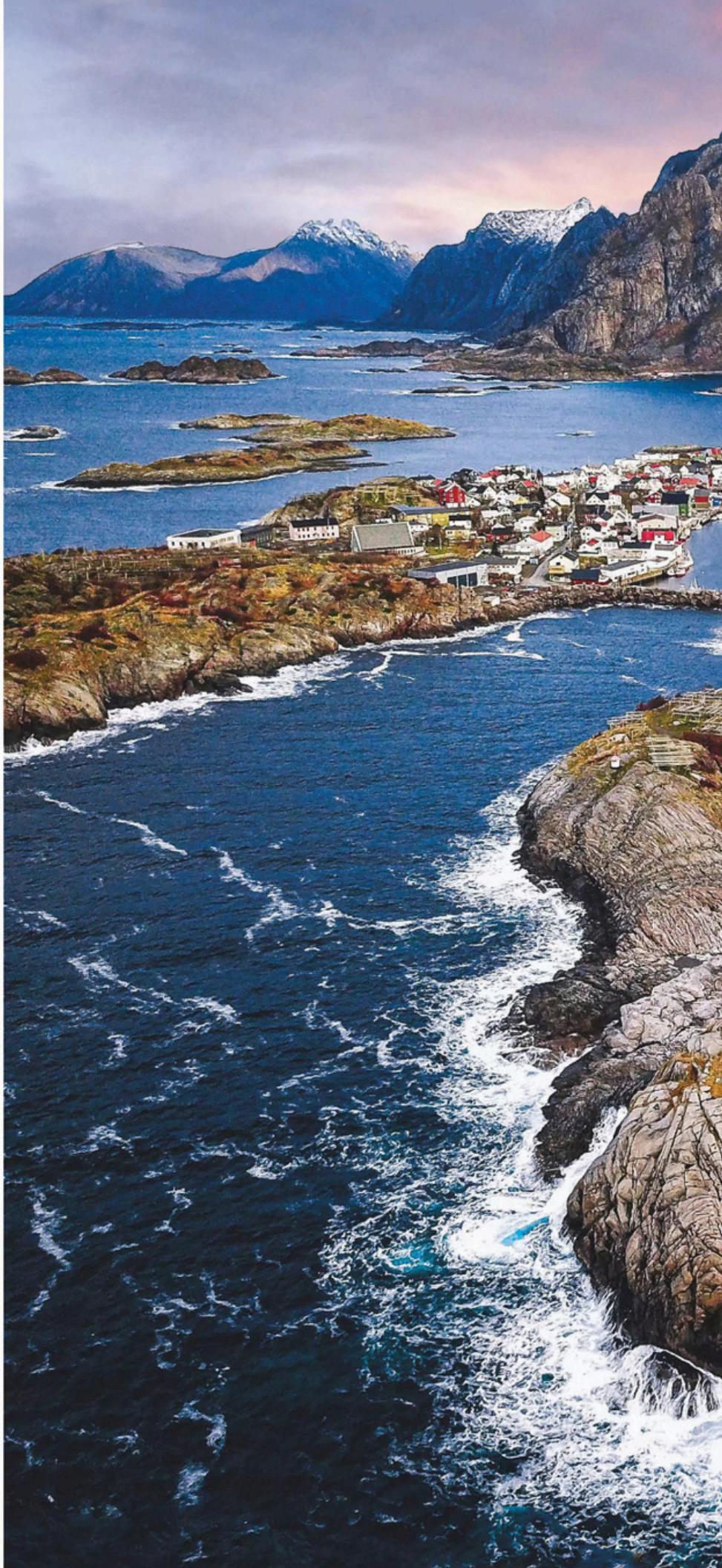
No es fácil impresionar visualmente a un noruego, y menos a uno de las islas Lofoten. Han crecido haciendo pícnic en playas con el color del mar Caribe, pero con picos nevados como punto de fuga. Los que hacen surf llegan a las olas en invierno saltando con sus escarpines rocas cubiertas de nieve esponjosa. Si hacen kayak, pueden acabar deslizándose sobre un mar con algas fosforescentes, que parecen un festival de estrellas azules. Y en invierno, de camino o de vuelta del colegio o del dentista, pueden ver auroras boreales un martes cualquiera.

Este último privilegio, observar las Luces del Norte, es el más ansiado por los viajeros, algo que pueden disfrutar en las Lofoten entre finales de agosto y abril, antes de que empiece el sol de medianoche. Con este objetivo en mente, nuestra ruta sale de Henningsvær y retoma la E10, la carretera que conecta todo el archipiélago.

Según avanzamos hacia el sur, se abren desvíos a una serie de playas fascinantes, perfectas para ver este fenómeno por su menor contaminación lumínica. Existen aplicaciones para intentarlo por cuenta propia, pero nada como un guía local para tener las máximas posibilidades. Entre las mejores opciones sobresale la mítica playa de Unstad, famosa por sus devotos surfistas árticos, por su paisaje esculpido por glaciares y por mantener el agua a 8 °C hasta en verano. Más al sur se encuentra la playa de Haukland, tan hermosa como la anterior, pero con la peculiaridad de que sus montañas pueden tapar incluso la luna y evitar así que interfiera en la contemplación de las auroras. Cuanto más profunda es la oscuridad, más denso, corpóreo y brillante es ese resplandor verdoso que las tradiciones nórdicas atribuían al brillo de las armaduras de las valquirias.

Al cruzar a la isla de Flakstadøya llegamos a la que se considera la zona más fotogénica de las Lofoten. Su atractivo ha hecho que proliferen en los últimos años los alojamientos de lujo, como ocurre en la localidad de Nusfjord. Aquí incluso ha llegado a cobrarse la entrada a los visitantes que no pernoctan. El argumento es que ese dinero se emplea en la conservación de los *rorbu* antiguos y las exposiciones sobre la vida de los pescadores que se pueden visitar en sus calles. Es cierto que resulta interesante ver cómo eran los talleres de reparación de redes, los aserraderos o el interior de las cabañas originales.

Se puede descubrir lo mismo en poblaciones como Sakrisøy, Hamnøy o Å. Estas dos últimas (Å se pronuncia O) son ejemplos de villas de pescadores donde del clic más improvisado se saca una





HENNINGSVÆR

El campo de fútbol es una insólito rectángulo verde que ocupa casi toda la isla. Al fondo emergen las montañas Vågakallen.



Ruta por las Lofoten

1. Svolvær. Puerto de entrada a las islas (con aeropuerto), es una buena introducción a la vida en las Lofoten.

2. Henningsvær. Congran actividad cultural y artística. Su oferta turística incluye rutas en barcos de pesca de bacalao.

3. Playa de Unstad. Es famosa entre los surfistas por sus olas y el paisaje que la rodea.

4. Nusfjord. Esta aldea de pescadores de la isla de Flakstadøy

conservados su encanto. Cerca quedan otras también muy bien preservadas, como el pueblo de Åyelde Hamnøy.

5. Sakrisøy. Imprescindible reservar mesa en Anita's Seafood y curiosear por su tienda.

6. Reine y Hamnøy. Estas dos aldeas de pescadores son las más fotogénicas de las islas.

7. Tromsø. Su catedral conformada pirámide es el emblema de la llamada capital del Ártico.

postal perfecta. En Sakrisøy se encuentra el restaurante más conocido de las Lofoten, Anita's Seafood. Su hamburguesa y su sopa de pescado resultan suaves y sabrosos, y se puede picotear un poco de todo sin arruinarse. Aunque su gran baza sigue siendo su tienda de productos gastronómicos típicos. Decenas de personas circulan cada día tratando de distinguir qué parte del salmón,

bacalao, fletán, trucha, pescado no identificado o cangrejo le están vendiendo entre cientos de delicatessen.

Si solo se contara con un día en las Lofoten, sería sin duda para Reine, la joya del sur. Sus casitas pintadas de rojo templan el fondo glaciar. Las montañas se reflejan en el agua, lisa como el mercurio. La calma es absoluta. Solo los pilo-



tes de las cabañas parecen vibrar a veces, como si echan a andar. Durante los meses de invierno, las ventanas se dejan iluminadas con colores cálidos y algún adorno, como si siempre fuese Navidad. Cuando en verano explota el verde, los habitantes de las Lofoten toman la naturaleza. Sacan los kayaks, las bicicletas, hacen senderismo hasta lo alto de la cer-



TROMSØ

La Catedral del Ártico, con su característica forma piramidal, domina el perfil de la ciudad de referencia en la Noruega más septentrional.

cana montaña Reinebringen. Tras medio año gélido y oscuro, contagian el amor por la luz a los viajeros que se cruzan.

Toca abandonar las islas Lofoten, regresar a Tromsø, donde de nuevo se abren las opciones para visitar otras zonas noruegas. Si hay que escoger una y el presupuesto acompaña, debería

ser el famoso Cabo Norte. Poco más de 600 kilómetros lo separan de la ciudad de Tromsø, que también cuenta con vuelos hasta al aeropuerto de Honningsvåg, el más cercano al confín norte del continente. Se trata del punto más septentrional de toda Europa al que se puede llegar por carretera. Una esfera metálica en honor a nuestra Tierra conmemora este

lugar con el que han soñado exploradores de todos los tiempos. Asomado al abismo de más de 300 m de altura, en verano, el viajero ve el sol descender sin esconderse del todo para después alzarse sobre el Ártico. En invierno, la niebla puede que lo tape todo pero eso no le quita épica. Que vivimos en una burbuja sostenida en el espacio resulta, de pronto, evidente. ■